

## CAPÍTULO II

### CONVERSIÓN DE SAN IGNACIO

SUMARIO: 1. Es herido Ignacio en la defensa del castillo de Pamplona.—2. Su curación en Loyola.—3. Mientras convalece dase á leer las Vidas de Cristo y de los Santos.—4. Se convierte á Dios.—5. Viaje de Ignacio á Monserrat.—6. Hace allí confesión general.—7. Vístese de un saco para empezar su vida penitente.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS.—1. Cámara, *Vida del P. Ign.*—2. Láinez, *Carta al P. Polanco*.—3. Polanco, *Vita P. Ign.*—4. Nadal, *Miscellanea de regulis, S. J.*—5. Ribadeneira, *Vida de S. Ign.*—6. *Procesos de Pamplona y de Manresa*.

1. Tal era Ignacio de Loyola el año 1521. Servía entonces, como dijimos, de gentilhombre al duque de Nájera, virrey de Navarra, y hallábase en Pamplona cuando fueron sacadas de aquel país casi todas las fuerzas militares para acudir á Castilla y sosegar allí las revueltas conocidas en la historia con el nombre de *Comunidades*. Aprovechó esta ocasión el rey de Francia, Francisco I, y en son de reponer á Enrique de Labrit en el trono de Navarra, quiso invadir este reino y desmembrarlo de la poderosa nacionalidad que se iba formando al sur de los Pirineos. No nos pertenece explicar las causas y sucesos de aquella guerra. Dejamos esta labor á los historiadores políticos. Basta saber para nuestro intento, que adelantándose un ejército francés, á las órdenes de Andrés de Foix, señor de Asparros, se apoderó sin dificultad de varios pueblos menores y se acercó á Pamplona. El duque de Nájera, viéndose sin fuerzas para resistir al enemigo, salió á toda prisa de la capital y voló á Castilla en busca de socorro. Los magistrados de la ciudad abrieron á los franceses las puertas de Pamplona.

Quedaba en el castillo el capitán Francisco de Herrera con muy poca gente y con débiles medios de defensa, pues las fortificaciones eran entonces muy imperfectas (1). Inclinábase á rendir la ciudadela,

(1) Claro es que ahora no queda ni rastro del castillo defendido por San Ignacio. Las actuales murallas de Pamplona fueron construidas en el siglo XVIII, y sólo por

si los franceses le concedían decorosa capitulación, pero Ignacio le animaba á mantenerse firme y á resistir hasta la muerte al enemigo. Cuando dueños de la ciudad los franceses intimaron la rendición del castillo, pidió Herrera conferenciar con Asparros. Concediólo éste y salió á la conferencia el español, acompañado de tres capitanes, uno de los cuales era Ignacio (1). Comenzando á tratarse de la entrega, exigieron los franceses condiciones muy duras. Tal vez las hubiera aceptado Herrera, pero interpúsose Ignacio, quien disuadió briosamente la entrega y exhortó á sus compañeros á resistir hasta vencer ó morir. Rotas de este modo las negociaciones, volviéronse los españoles á la ciudadela. Ignacio, ya que no podía recibir la confesión sacramental antes de la batalla, tuvo la precaución de decir sus pecados á un su compañero de armas, y éste hizo lo mismo con Ignacio (2); acto humilde que debió ser grato á los ojos de Dios, por el deseo que manifestaban aquellos soldados de ponerse en gracia y lavar las manchas de sus culpas.

Empezaron los franceses el ataque, batiendo con su artillería los muros del castillo. Perseveraban firmes los españoles, animados por Ignacio, que se mantenía impávido entre los primeros. En lo más recio de la pelea, una bala de cañón, pasando por entre las piernas de nuestro héroe, le rompió la derecha debajo de la rodilla, y le hirió malamente la izquierda, aunque sin quebrarle los huesos (3). Caído Ignacio, desalentáronse los defensores del castillo, y no tardaron en rendirse al enemigo. Sucedió la herida del santo el día segundo de Pentecostés, 20 de Mayo de 1521 (4).

2. Recogieron los franceses al herido, y estimando dignamente el heroico valor que había mostrado, le trataron con toda cortesía, le sacaron del castillo á una casa de la ciudad, le hicieron curar de sus heridas, y al cabo de dos semanas, acomodándole en una litera, le enviaron á Loyola. Llegado á su casa, empezó Ignacio á empeorar.

respetable tradición consta, que el sitio en que fué herido el santo, caía en el paraje donde ahora se levanta su capilla.

(1) Polanco, *Vita P. Ign.*, p. 12. El P. Cámara no menciona esta conferencia, contentándose con decir que Ignacio exhortaba á la resistencia.

(2) Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. I.

(3) Seguimos la narración de Cámara, de la cual se apartan un poco Ribadeneira y Polanco, quienes atribuyen la herida de la pierna izquierda al golpe de una piedra que resurtió del muro. Difícil es precisar esta circunstancia, pues el mismo Ignacio apenas podría darse cuenta de ella.

(4) Sobre el día de la herida, véanse los Bolandos, *Acta Sanctorum. De S. Ign.*, § 3.º, n. 25.

Llamados los cirujanos, reconocieron que, ó por haberse hecho mal la primera cura, ó por haberse movido los huesos con las sacudidas del viaje, estaban al presente mal colocados, y era preciso romper lo mal compuesto, para ajustarlo después en la debida forma. Proce- dióse á la cura. Quisieron atar al paciente, como entonces se acos- tumbraba en las operaciones dolorosas, pero él no lo consintió, y con semblante sereno aguantó, sin moverse, toda aquella carnicería. La única demostración que dió cuando arreciaba más el dolor, fué el apretar fuertemente los puños (1).

Terminada la operación no mejoró el enfermo. Sobrevínole una fuerte calentura, con gran debilidad de estómago, y á los pocos días se vió reducido al último extremo. Avisáronle de su peligro, y él se previno para la muerte recibiendo con mucha piedad los últimos sa- cramentos. Llegó el día 28 de Junio, víspera de los apóstoles San Pe- dro y San Pablo, y los médicos pronosticaron que si la noche si- guiente no mejoraba, se podía dar por perdida toda esperanza. En este trance apurado acudió Ignacio al príncipe de los apóstoles, de quien era muy devoto, y como él juzgó toda su vida, debió el reco- bro de su salud á la intercesión de San Pedro. Muchos autores dicen que se le apareció aquella noche (2). Polanco y Cámara, sin hablar

(1) Cámara, *Vida del P. Ign.*, c. 1.

(2) No está bien probada esta aparición de San Pedro. Ni Láinez, ni Nadal, ni Polanco, ni Cámara dicen una palabra sobre ella. Que la omitiera Láinez nada tiene de particular, pues su relación es una carta escrita á vuela pluma, en la que hay omisiones mucho más graves. Pero el silencio de los otros tres no se explica tan fá- cilmente. Porque los tres precisan el tiempo de la mejoría, los tres la atribuyen á la intercesión de San Pedro, los tres notan la gran devoción que le tenía Ignacio, y Polanco añade que por esa devoción había escrito aquellos versos. Finalmente, los tres dejan entrever que aquella mejoría tuvo algo de sobrenatural. Pues parando tanto la atención en el hecho y en sus circunstancias, ¿habían de omitir lo más sin- gular y estupendo del caso, como hubiera sido la aparición de San Pedro? El P. Ri- badeneira, en la primera edición de su biografía, hecha en 1572, se expresa así: «Cum mortem imminere judicarent medici, si ad mediam usque noctem nihil melius eveniret: ea ipsa hora vis morbi remitti aperte coepit, quod non absque divinae pro- videntiae consilio divo Petro deprecatore factum credimus, quem praecipua quadam Ignatius religione semper coluerat, quemque adesse, sanitatemque afferre, sive videre visus est.» (Cap. 1.) Como se ve, la frase es ambigua, pues la palabra *adese* puede sig- nificar *aparecerse* ó simplemente *socorrer*. En la edición castellana dice así: «La cual [mejoría] creemos que el bienaventurado apóstol San Pedro le alcanzó de Nuestro Señor. Porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le había tenido por particular patrón y abogado, y como tal le había reverenciado y servido, y así se entiende que le apareció este glorioso apóstol, etc.» Esta expresión *se entiende* tiene fuerza aten- nuante, de modo que parece decir Ribadeneira: No consta que se le apareciese, pero conjeturase ó créese piadosamente que se le apareció. En los procesos de beatifica-

de aparición, atestiguan que desde aquella noche fué tan sensible la mejoría del enfermo, que á los pocos días se hallaba fuera de peligro.

Sin embargo, aún le faltaba mucho que padecer. Empezando á sol- darse los huesos y á fortificarse la pierna, advirtió que le quedaban en ella dos deformidades. La una era un hueso que sobresalía debajo de la rodilla, y la otra la contracción de la misma pierna, que por haberle sacado algunos pedazos de hueso, resultaba corta y contra- hecha. Disgustado Ignacio al ver aquellas deformidades, preguntó á los cirujanos si se podría cortar aquel hueso saliente. Respondiéronle que sí, pero advirtiéndole que esto había de costarle agudísimos do- lores. Despreciólos el valiente caballero, y mandó que se procediera á la operación. Espantados los de casa, quisieron disuadirle de su propósito, pero nada consiguieron. Fué preciso condescender con Ignacio, y éste, sin permitir que le atasen ni sujetasen, mantúvose inmóvil y sereno, mientras la sierra cortaba por lo vivo el deforme hueso. ¡Extraña fortaleza de ánimo, aunque hasta entonces mal em- pleada! pues todos estos dolores los sufría, «como yo le oí decir, es- cribe Ribadeneira, por poder traer una bota muy justa y muy polida,

ción (*Acta Beat.*, art. 4.º) se menciona esta aparición, pero no se aducen más prue- bas que las vidas ya impresas. Resulta, pues, que el hecho de esta aparición se funda únicamente en una afirmación tímida de Ribadeneira.

Voy á exponer una explicación de este hecho, sometiéndola al juicio imparcial de los lectores. Sospecho que esta aparición de San Pedro ha nacido de una frase pon- derativa del P. Polanco, en la cual, sirviéndose de la forma tan usual, con que deci- mos que vemos con los ojos lo que entendemos muy claro, afirmó que Ignacio creyó ver, no la persona de San Pedro, sino que su curación se debía á San Pedro. He aquí la frase: «*Ab ipso ergo [Sancto Petro] eadem illa nocte se adjutum esse sensit, imo id videre sibi videbatur.*» (*Vita P. Ign.*, p. 13.) Si hubiera existido aparición, no hu- biera escrito Polanco que le *pareció ver*, sino simplemente que *vió*. Pero principal- mente llamamos la atención de los lectores sobre el pronombre neutro *id*, término del verbo *videre*, y que designa el objeto que vió. Este pronombre no puede refe- rirse á la persona de San Pedro, sino al enunciado de la proposición anterior. Dice que vió esto, que era socorrido por San Pedro, *adjutum esse ab ipso*. Ahora bien: para socorrer á un hombre no necesitan los santos aparecersele. Ordinariamente lo hacen sin aparición. En definitiva, el sentido de la frase empleada por el P. Polanco pudiera declararse así: «Entendió Ignacio (*sensit*), y qué digo entendió, creyó ver con sus ojos que le había socorrido San Pedro.» Sospecho, pues, que esta frase de Polanco, variada ligeramente, ha dado ocasión á la creencia de que se apareció San Pedro.

Por otra parte, no estando aún convertido San Ignacio, no debemos presumir que tuviese apariciones, ni recibiese gracias tan extraordinarias. Así que, *salvo meliori judicio*, creo que, ó no debemos admitir la aparición de San Pedro, ó, por lo menos, no la debemos afirmar sin la sal de duda con que la pone Ribadeneira.

como en aquel tiempo se usaba» (1). La otra deformidad de la contracción se corrigió, aunque no del todo, aplicándole varios emplastos y unciones, y por medio de cierta máquina, cuyo mecanismo no explican los autores, con la cual todos los días le iban estirando poco á poco la pierna. Á pesar de todo, siempre le quedó alguna cojera, la cual con el tiempo fué disminuyendo, de suerte que al fin de su vida, como dice Polanco, era menester mirarle bien para conocer que estaba cojo (2).

3. Pasadas felizmente tan dolorosas operaciones, convalecía poco á poco de sus heridas nuestro valiente caballero, cuando llegó para él la hora de las divinas misericordias. Como se le hiciese largo y enfadoso el tiempo de la convalecencia, pidió para entretener sus ocios algunos libros de caballerías, lectura que formaba entonces las delicias de la juventud, como ahora las novelas. Quiso Dios que no se hallasen los libros que Ignacio deseaba, y para darle algo, le ofrecieron la vida de Cristo, escrita por Ludolfo de Sajonia, llamado vulgarmente el Cartujano, y puesta en romanice por Fray Ambrosio Montesinos, y otro tomo del *Flos Sanctorum*, también en castellano (3), cuyo autor ignoramos. Resignóse Ignacio á leer aquello, á falta de otra cosa, é insensiblemente empezó á experimentar una suave mudanza en su corazón. Hirieron vivamente su fantasía los ejemplos de Cristo y de los santos, y empezaron á brotar en su pecho vehementes impulsos de imitar las virtudes que veía descritas en el piadoso libro. El primer sentimiento que se despertó en Ignacio parece haber sido el de una noble emulación. Ignacio era valiente, y como observa Polanco (4), en todo lo que emprendía se inclinaba siempre á lo grande y extremado. Aquel hombre que había

(1) *Vida de San Ign.*, l. I, c. I.

(2) *Aliqua ejus claudicatio in progressu temporis observari potuit, quae tamen usque adeo exigua fuit, ut vix ab eo qui non attente eam considerasset deprehenderetur.* (*Vita P. Ign.*, p. 14.)

(3) Sobre el primero de los libros no hay duda. Dice así el P. Nadal: «*Exhibuerunt illi duos [libros], alterum Vitam Christi ex Carthusiano, et librum qui Flos Sanctorum inscribitur, ubi narrantur gesta Sanctorum, utrumque hispanice.*» *Miscell. de reg.*, S. I., cuaderno 5. El P. Cámara dice que le dieron el *Vita Christi*, título latino que conservó en la traducción el P. Montesinos. Cf. Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española*. Art. *Montesino*. Sospechamos si el otro libro sería aquel *Flos Sanctorum* anónimo, de que habla Gallardo en esa misma obra, t. I, n. 742.

(4) *Ut enim erat animo magno, in utraque parte semper ad magna propendebat, nec ullum poenitentiae genus a sanctis susceptum legerat, quod ipse imitari se posse diffideret.* *Vita P. Ign.*, p. 14.

permanecido á pie firme en el castillo de Pamplona, enfrente de la artillería francesa; aquel hombre que se mantenía inmóvil en su lecho entre las sierras y cuchillos de los cirujanos, veía delante de sí otras hazañas, otras dificultades. ¿No podría él imitar á Cristo, como lo hicieron los santos? ¿No podría vestirse de un saco, andar descalzo, sustentarse con yerbas y hacer otras penitencias por sus pecados? Daba y tomaba largo rato sobre estas ideas, y, como dice el P. Cámara, «todo su discurso era decir consigo: Santo Domingo hizo esto, pues yo lo tengo de hacer; San Francisco hizo esto, pues yo lo tengo de hacer» (1).

Á estos buenos pensamientos sucedía, como es de suponer, el torrente de ideas mundanas, y cerrado el *Flos Sanctorum*, el joven caballero explayaba su fantasía por el campo de sus ambiciones y vanidades. Robábale, sobre todo, la atención aquella señora de sus pensamientos, cuyo nombre no quiso descubrir. «De muchas cosas vanas que se le ofrecían, dice el P. Cámara, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos, tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir á la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio, y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza, no condesa ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas» (2).

Después de estas locas imaginaciones, volvía el buen pensamiento de imitar á Cristo y á los santos, y complaciase Ignacio en considerar la penitencia que haría por sus pecados; pues entonces, como rudo todavía en materias de espíritu, reducía toda la santidad á las asperezas corporales. Solicitado por tan diversas ideas, empezó el discreto caballero á examinarlas y compararlas entre sí. Notó, por de pronto, la diferencia moral de unos pensamientos y otros (3). Los de Dios eran buenos, los del mundo vanos y, por lo menos, peligrosos. Fuerte era entonces el sentimiento moral, sobre todo en España, y aun los más desalmados pecadores distinguían bien lo bueno de lo malo. Observó después que los pensamientos del mundo, aunque le entretenían sobremanera mientras duraban, pero al cabo cuando se iban, le dejaban el corazón triste y como vacío. En cambio los pen-

(1) *Vida del P. Ign.*, c. I.—(2) *Ibidem.*—(3) Vide Polanco, *ibid.*, p. 15, y Ribadeneira, *ibid.*, c. II.